

La Compañía de Jesús

En la quietud de la enorme basílica de San Pablo Extramuros cualquier sonido se multiplica, repetido por los ecos de paredes contrapuestas. Clemente VII, desde su retrato, recientemente añadido a la galería de pontífices difuntos, contempla, inexpresivo e impasible, el paso de los peregrinos que, en su recorrido por las siete basílicas romanas, veneran en este templo al apóstol de los gentiles. Huele a incienso, y a cera. El enorme mosaico del ábside captura la atención de los devotos que, más allá del enorme baldaquino, quedan atrapados en la mirada penetrante del Cristo en majestad que domina, desde su cielo de piedra, la profundidad del templo. A otra hora del día se podrían escuchar los cantos de los benedictinos, alabando a Dios al ritmo de las horas. En esta mañana primaveral sólo se oye el latín de una misa celebrada en alguna de las capillas.

El sonido proviene de la capilla de la Virgen, situada a la derecha del templo. Allí, bajo la imagen protectora de la Madre, seis hombres celebran la Eucaristía. El que preside es pequeño, andará cerca de los cincuenta años, y su concentración resulta casi intimidante. Los otros cinco son más jóvenes, y muestran similar recogimiento: ojos cerrados, cabeza

levemente inclinada, sus labios musitan las oraciones con que van acompañando el misterio. Llegado el momento de comulgar se miran. Ha llegado la hora. Ante la hostia consagrada el celebrante se arrodilla. Y comienza a pronunciar unas palabras que, para todos ellos, significan un paso definitivo: «Yo, Ignacio de Loyola, prometo a Dios Todopoderoso, y al Soberano Pontífice, su Vicario en la Tierra, en presencia de la Virgen María y de la corte celestial, y en presencia de la Compañía, perpetua pobreza, castidad y obediencia según la forma de vida contenida en la bula de la Compañía de Nuestro Señor Jesús y en sus constituciones declaradas o por declarar. Prometo además obediencia especial al Soberano Pontífice en lo que se refiere a las misiones, como está escrito en la bula. Prometo también trabajar para que los niños sean instruidos en los fundamentos de la fe, conforme a la dicha bula y a las constituciones». Al acabar su promesa comulga. Alza el pan consagrado, que queda así, suspendido entre sus dedos, como el centro de la atención de todos ellos. Cada uno de los cinco hombres que participan en la celebración hace una promesa similar, arrodillados ante esa hostia donde encuentran a Jesús. Y prometen además obediencia al propio Ignacio de Loyola, Preósito General de la Compañía de Jesús. Acabada la Eucaristía se separan por los diversos altares de la basílica. Rezan en silencio, conscientes de la trascendencia del paso que acaban de dar. Finalmente se vuelven a reunir en torno al altar, y cada uno de los cinco abraza al nuevo General. Este permanece serio mientras recibe

el cordial reconocimiento de los suyos. Terminada esta discreta ceremonia, que ha pasado desapercibida en la quietud de la colosal basílica, los seis salen del edificio y continúan su camino.

22 de abril de 1541. En tres años y medio la decisión de emprender el camino a Roma, y la imposibilidad de peregrinar a Tierra Santa han precipitado una serie de decisiones. Dejábamos a Ignacio y a los suyos como grupo de amigos con inquietud apostólica, que hablan de sí mismos como compañeros de Jesús, y los encontramos ahora como miembros de la Compañía de Jesús, una nueva orden religiosa de la Iglesia católica, capaz de admitir nuevos miembros entre los muchos que quieren unirse a ellos, y pronto presente en los extremos del mundo. ¿Cómo se ha producido este cambio? ¿Qué ha hecho que Ignacio, el peregrino pobre y humilde, se convierta en superior general de una Congregación religiosa, algo que jamás pretendió en sus largos años de búsqueda?



Hacia Roma

Cuando abandonan Vicenza, a mediados de octubre de 1537, Ignacio siente una mezcla de disponibilidad y extrañeza. Cada vez ve más lejana la anhelada vida en

Tierra Santa. Es cierto que se han dado un año más, pero es escéptico ante el clima bélico que parece traer vientos de guerra y no invita al optimismo. «¿Qué quieres, Señor, de mí, de nosotros? ¿Qué debemos hacer para seguirte? ¿Adónde nos llevas?». Tras el primer intento fallido de quedarse en Jerusalén, creyó comprender que era voluntad de Dios que buscarse compañeros y se preparase, con ellos, para desempeñar una labor más amplia en esa tierra de infieles. Y es lo que ha hecho durante catorce años. Pero, ¿se ha equivocado? ¿No era esto lo que Dios quería? ¿O acaso esa cláusula que incluyeron en Montmartre, sobre su disposición a ponerse en las manos del Papa, resulta ser la verdadera voluntad divina, expresada a través del acontecer histórico concreto?

No habla demasiado en estos días de trayecto. Láinez y Fabro le ven preocupado. Ambos conocen bien a Ignacio. Son ya años de proyectos y búsquedas los que comparten, y comprenden su desazón. Al tiempo se sienten reconfortados por la tranquilidad que desprende su compañero. A menudo expresa una inquebrantable confianza en que, ocurra lo que ocurra, están en las manos de Dios.

No sospecha Ignacio que estas son las últimas jornadas de su vida como peregrino. No intuye que se aproxima el fin de su vida nómada y que llega ahora el tiempo de asentarse. Tal vez si lo supiese trataría de retener cada sensación, cada brisa, cada aroma, el cansancio de los pies tras una etapa de marcha, la alegre sensación de compartir una oración mientras se avanza, la libertad de quien nada tiene y acepta agradecido lo que le dan,

la distendida conversación con el tranquilo Fabro y el agudo Láinez.

Roma está ya cerca. Se puede adivinar por el movimiento creciente en los caminos. Al aproximarse a la ciudad les adelantan con frecuencia carruajes ricamente ornamentados que, sin duda, llevan a alguien poderoso. Algún embajador, en el incesante vaivén diplomático que agita esta tierra. O algún príncipe de esta Iglesia a cuyo corazón se dirigen. Incluso, ¿por qué no?, alguna cortesana de lujo, de esas que pasean su descaro por galerías y plazas, colgadas del brazo de duques y cardenales, y que llega a Roma llamada por algún gran Señor o viene a buscarse la vida, dispuesta a repetir sus triunfos de Florencia o Venecia. Ignacio no se engaña acerca de Roma. La conoce. Sabe de sus grandezas y sus miserias, de sus ambigüedades y sus honduras. Conoce la mezcla de misticismo y barbarie, piedad y violencia, devoción y desenfreno que van de la mano en el gran teatro del mundo, y sabe que la Ciudad Eterna no va a la zaga en todo ello. Por eso, una y otra vez su plegaria se vuelve al Padre, pidiéndole luz en este momento que percibe como de encrucijada.

Pasando cerca de una ermita, situada en el cruce de caminos de la Storta, entre la vía Claudia y la vía Cassia, deciden hacer una pausa. Fabro y Láinez conversan en voz queda. También ellos se preguntan por los siguientes pasos que podrán dar. Ignacio entra en la capilla y se arrodilla en silenciosa plegaria. Repite, como otras veces a lo largo de estos días de camino, su oración, que tiene tanto de súplica como de ofrenda: «Ponme contigo, Señor». Se vuelve hacia la madre, a quien

constantemente le pide que, como ella, él pueda estar con Jesús. «Ponme con tu Hijo». Palabras sencillas que, sin embargo, expresan el anhelo profundo y ardiente de una identificación...

Esta plegaria, que se ha convertido en una letanía, le resulta hoy diferente. Con esa densidad interior con la que a veces descubre más palpable la presencia de Dios, una sensación de consuelo le inunda. Como en otras ocasiones, no puede dudar de que Dios pone en su corazón este fuego que le enciende y le eleva. Entonces lo escucha, con tanta claridad como si alguien lo estuviese diciendo en voz alta. Pero no hay nadie cerca. «Quiero que tomes a este como servidor». Esas palabras le fulminan, le atraviesan. ¿A quién se dirigen? ¿Quién habla? Está abrumado, es insólito este sentimiento y, sin embargo, no tiene miedo, sino paz. «Quiero que tomes a este como servidor». De nuevo. Esas palabras no son tuyas. Sabe, con inconfundible certeza, que sólo pueden ser de Dios. ¿Quién tiene que servir? ¿A quién? ¿Le está dando Dios un servidor? ¡No!, eso no corresponde a todo el camino recorrido. Ignacio sabe que él es el que está llamado a servir.

De golpe, como que lo ve, con esas visiones que, ya desde Manresa, le son familiares, aunque difíciles de explicar. Le parece vislumbrar que es Dios Padre el que le dice al mismo Jesús que tome a Ignacio como siervo. Un Jesús que carga con la cruz. Y esa comprensión es como un torrente que se desborda, limpio y purificador, arrasando en su interior todos los vestigios de proyectos añejos y seguros. Poco importa Jerusalén. Lo único que tiene sentido es que sus pasos vayan detrás de los de este

Señor pobre y humilde, este Dios crucificado. Y eso se puede encontrar en muchas sendas. Todo le parece nítido ahora. «Yo os seré propicio en Roma». De nuevo esa voz sin palabra ni sonido le traspasa y se enseñorea de su interior. ¿Roma? ¿Es esa mi Jerusalén? ¿Seremos crucificados en Roma? ¿Cómo interpretar esta visión de servicio y cruz, confirmación y consuelo, favor en la Ciudad Eterna?

Vuelve la calma. No podría decir si ha sido un instante o un buen rato lo que ha pasado así. Por la mirada interrogante de Laínez intuye que ha transcurrido un tiempo largo. Cuando sale de la ermita su rostro transparente un cambio. Está exultante. Las sombras de estos días pasados se han disipado. No sabe cómo interpretar este maremoto interior. Tampoco sabe qué significa ahora Roma en este contexto de servicio y cruz. ¿Será que en Roma van a ser perseguidos, como el mismo Jesús? ¿O más bien se trata de que este va a ser el lugar donde han de desplegar su actividad apostólica? Poco importa. De alguna manera ha recobrado la certeza de estar en el camino que Dios quiere. «Él nos está llevando». La visión de la Storta se convierte en un hito significativo a la hora de comprender la pedagogía con que Dios va guiando a Ignacio, y con que este se va dejando llevar, atento a encontrar una voluntad divina que no siempre resulta evidente.

Roma

Estamos a finales de octubre de 1537, cuando llegan al fin a su destino. Se instalan en una casita que les presta

un hombre llamado Quirino Garzón en el monte de la Trinidad. No es muy grande, pero para ellos tres, basta. Ya si viene el resto de compañeros tendrán que buscar otra solución.

Pronto Ignacio solicita una audiencia con el papa Pablo III. Este le recibe, y se queda gratamente sorprendido cuando Ignacio le anuncia que, mientras esperan que se clarifique la cuestión de Venecia, puede contar con él y con otros dos compañeros para el servicio apostólico que considere más necesario. Por supuesto que el Papa recuerda al grupo de peregrinos que la Semana Santa anterior le causara tan grata impresión, y se muestra muy contento al saber que puede contar con clérigos bien preparados, que es algo que escasea. Este Pontífice, que en su juventud ha pecado de todos los defectos de este Renacimiento promiscuo y brutal, e incluso comenzara su pontificado elevando al cardenalato a dos de sus sobrinos aún adolescentes, perpetuando el nepotismo que agrieta cualquier posibilidad de renovación verdadera, está ahora seriamente preocupado por la reforma de la Iglesia. Valora de veras el elemento de savia nueva que aportan estos hombres que parecen querer vivir un apostolado diferente. Por eso acepta inmediatamente el ofrecimiento de Ignacio y destina a Fabro y Laínez a enseñar en el Colegio de la Sapienza, mientras que al propio Ignacio lo deja libre para un apostolado más vinculado a los ejercicios espirituales. Uno de los primeros en recibirlos será el doctor Ortiz, que desde sus resistencias parisinas ante el de Loyola, ha dado un giro completo, y se convierte en protector poderoso de Ignacio y los suyos. Como

él, también el cardenal Gaspar Contarini hará el retiro, y será un valedor importante de los compañeros en el período que comienza.

A partir de este momento se van a ir sucediendo una serie de decisiones y pasos que, como piezas de un dominó que caen empujadas por las anteriores, van a llevar a Ignacio y a los suyos a una situación que no imaginan todavía en estos inicios de su vida romana. El año 1538 será el tiempo en que se imponga la necesidad de una opción definitiva en la cuestión de su apostolado futuro. Durante los primeros meses del año los tres compañeros se afanan en el encargo del Pontífice. Las noticias que llegan dejan ver sin atisbo de duda que tampoco este año zarpará el barco. Ignacio, que parece haber asumido que no podrá hacerlo en Jerusalén, celebra al fin su primera misa, largo tiempo pospuesta, en el altar del pesebre en la iglesia de Santa María la Maggiore. En el mes de marzo reciben una mala noticia. El bachiller Hocés, en Padua, ha fallecido, víctima de una enfermedad fulminante. En un momento estaba predicando sobre la conveniencia de vigilar y orar, y a la hora siguiente yacía muerto en el mismo hospital donde se alojaba. Ya nunca más estarán juntos todos los compañeros.

En primavera Ignacio llama a los compañeros restantes. Deben venir a Roma. Es tiempo de dar el siguiente paso, y ponerse, definitivamente, al servicio del Papa. Para poder alojarse todos, cambian su residencia a una casa un poco más grande, que está en el centro, aunque, siendo alquilada, es necesariamente provisional, pues no disponen de rentas fijas para pagar un alquiler, ni

quieren atarse a ello. Parece evidente, cuando se reencontran, que han de optar por la opción alternativa a Jerusalén. De nada sirve alargar una espera que ya saben inútil. Y, por otra parte, tal vez sea esto una expresión del designio de Dios para sus vidas.

Sin embargo, ahora que se muestran dispuestos a acudir al Papa, encuentran dos obstáculos. El primero es logístico. Pablo III está en Niza, donde intenta mediar entre Carlos V y Francisco I, tratando de que por un instante olviden su enemistad y pacten para luchar contra los turcos, que se van convirtiendo en una amenaza más que seria para la cristiandad. De modo que tendrán que dedicarse, por el momento, a la labor apostólica en Roma. Juan Vicente Carafa, también cardenal y primo del teatino, les proporciona licencias para poder ejercer su ministerio en la ciudad.

Junto a eso hay una dificultad más inquietante, y es que ya en Roma ha comenzado una nueva campaña de descalificación hacia el grupo. En este caso la inquina viene de un predicador, de nombre Mainardi de Souzo. Sus sermones, que atraen a grandes multitudes, han sido criticados por los compañeros debido a sus abundantes errores teológicos. Esto lleva a los defensores del monje, algunos de ellos muy bien situados en la curia, a atacar con saña a Ignacio y a los suyos. Los atacantes cuentan además con la inestimable ayuda de Miguel de Landívar. Aquel criado de Javier en los tiempos de París parece no dejar de cruzarse en el camino de los compañeros. Ya en Venecia trató de unirse a ellos, si bien por alguna razón no cuajó. Y ahora se dedica en Roma a calumniar a Ignacio, acusándolo de ser un presidiario

fugado y otras lindezas de mayor envergadura. Todas estas polémicas generan un sentimiento de recelo generalizado hacia Ignacio y sus compañeros. La campaña es brutal y feroz, y algunos curiales se muestran implacables en su juicio acerca de los recién llegados, generando un clima de sospecha que enturbia su labor.

Como suele hacer en estos casos, Ignacio decide enfrentar el asunto directamente, y se va a hablar con el gobernador de Roma, que, oyéndole, destierra a Landívar de la ciudad. Pero Ignacio no está contento. No sólo han de desmentirse las falsedades sobre su persona. También quiere que las acusaciones de tinte doctrinal que se han vertido sobre ellos queden aclaradas, y para ello insiste en lograr una declaración legitimada por la autoridad del mismo Pontífice, aun sabiendo que esto puede llevar algo de tiempo. De modo que inicia una campaña de recogida de testimonios positivos de los obispos y otras autoridades de los lugares donde han estado trabajando, y pide que el Papa mande examinar sus escritos y se emita una sentencia firme. En agosto él mismo va a Frascati, donde Pablo III le recibe y le permite exponer sus argumentos en defensa de sí mismo y de los compañeros que desarrollan su tarea en Roma.

Mientras esperan que se produzca un desenlace prefieren no ir a exponer al Pontífice el propósito de ponerse en sus manos para la misión, para evitar que se mezcle su recepción con una posible condena o al menos una situación de desconfianza. Finalmente, el 18 de noviembre de 1538 el dictamen exonera de toda sospecha a Ignacio y sus compañeros. Ya pueden seguir adelante con sus propósitos.

Ese mismo día se disponen a ofrecerse al Papa, como habían acordado en Montmartre. Es uno de esos últimos días de noviembre cuando Pablo III recibe al grupo de compañeros. Le manifiestan su devoción, su deseo de servir a la Iglesia. Le hablan de su voto de ir a Jerusalén, y de la decisión de ponerse a disposición de Su Santidad en caso de que esto fallase. Seguramente es en este momento, o en uno de los encuentros sucesivos que mantendrán, cuando el Papa les expresa su convencimiento de que en Roma tienen una buena Jerusalén. ¿Cómo resonarían estas palabras en Ignacio? ¿Son una confirmación, quizá un eco en palabra humana de esa visión de la Storta?

El Papa les encomienda, de entrada, desplegar su apostolado en Roma. Les irá dando misiones explícitas, relacionadas con la enseñanza, o los ministerios. Y deben estar preparados y dispuestos para cualquier misión que pueda llegar.

Comienza una etapa de vida bien activa. Tiempo de predicar y enseñar, confesar y catequizar al pueblo romano, que acoge con agrado a estos sacerdotes. El invierno es muy duro. Hay hambre generalizada, y gran cantidad de pobres. Los compañeros recogen a los que no tienen otro lugar donde caerse muertos, y en su propia casa crean un improvisado albergue. Mendigan para conseguir alimento para tantas bocas hambrientas. Roma, ciudad de mil ojos, sabe lo que están haciendo. Se habla de ello con admiración, y el ejemplo parece sacudir las conciencias amodorradas de nobles y altas figuras, que reaccionan con generosidad, aliviando con ello la crisis de ese invierno romano.

Empiezan a llegar solicitudes al Papa. Después de todo ya han estado desperdigados por Italia. En muchas ciudades del norte han dejado una huella indeleble, y obispos y nobles, conocedores de su disposición para obedecer al Pontífice, comienzan a pedirle que envíe a algunos de ellos a continuar su apostolado. También de más lejos —y de más alto— llegan las propuestas. Govea, rector de Santa Bárbara, les escribe para hablarles de las necesidades en las Indias. La respuesta de Ignacio incide en que ya no son libres de ir donde crean, sino donde les mande Pablo III. El propio Juan III de Portugal y Carlos V, informados de las novedades romanas, en este mundo donde las cartas entretejen una red de noticias e intenciones, piden que se les envíen algunos de estos hombres. Ambos monarcas parecen interesados en contar con buenos evangelizadores que legitimen la carrera colonizadora de territorios de ultramar en que ambos reinos se enzarzan.

Y ahora, ¿qué? Deliberaciones romanas

Aunque están aún todos en Roma en este comienzo de 1539, es cada vez más evidente que pronto empezará la dispersión. ¿Qué hacer ahora? Ignacio ve con preocupación y con duda ese futuro que se abre. Por una parte es algo magnífico. ¿No era esto lo que soñaron? Poder servir proclamando la palabra de Dios, anunciándola a otros, ayudando a las almas allá donde se les envíe. Pero, por otra parte, ¿será esta separación el adiós definitivo? Desde que se juntaron en París, hasta ahora, siempre

pensaron en una misión conjunta. Sin embargo, ¿qué quedará ahora de esta unión?

Esta inquietud no es únicamente suya. En los últimos tiempos la vienen compartiendo todos, en conversaciones, en su oración... A veces las discusiones se quedan cortadas de súbito, cuando surge la cuestión del futuro, precisamente por su incertidumbre acerca de lo que les espera. Por eso a ninguno sorprende el que, en marzo de 1539, al comienzo de la Cuaresma, Ignacio les plantee la necesidad de preguntarse: «Y ahora, ¿qué?». Todos saben que hay cada vez más posibilidades de que alguno de ellos sea enviado lejos. Además, en su labor de este año romano se han encontrado con que otros hombres, contagiados por su espíritu y su espiritualidad, plantean la posibilidad de unirse a ellos. Pero, ¿unirse a qué? ¿Qué son ellos, mas que un grupo de amigos hasta ahora?

Deben tratar de responder a esas cuestiones. Han de discernir, para encontrar el proyecto de Dios para ellos. Ignacio está escarmentado. Sabe que la comprensión de esa voluntad divina se le escapa una y otra vez. Que cuando parece tener la evidencia de hacia dónde se encamina su vida, y cree estar obedeciendo a Dios en ello, las circunstancias le hacen girar y, de nuevo, ha de preguntarse hacia dónde está yendo. Es importante, entonces, escuchar sin precipitación. Tratar de descifrar qué les está diciendo Dios con esta historia que comparten. Por eso se dedicarán, durante tres meses, a clarificar algunos puntos acerca de su identidad y su futuro. Durante el día continuarán con su actividad apostólica normal, y será por las noches cuando examinen las posi-

bilidades, iluminadas por su oración diaria. A medida que avanzan en el intento de perfilar los contornos de cómo pueden seguir su camino conjunto en esta nueva situación van a empezar también las diferencias entre ellos.

El primer interrogante, el más básico, es si deben seguir juntos, aun en la dispersión; o si desde el momento en que se separen serán ya únicamente hombres que un día coincidieron en la intención, y hoy sirven a la Iglesia bajo el Romano Pontífice, cada uno donde este le ha enviado. Amigos, tal vez, pero desvinculados. La deliberación es en este caso sencilla y la respuesta, unánime. Todos sienten que deben seguir unidos. De alguna manera Dios les ha congregado, y no deben olvidar eso.

Se abre entonces una cuestión más delicada. Pero, ¿qué serán? Unidos, ¿cómo? ¿Basta un nombre, como fuera ese de «compañía de Jesús» que se dieran dos años atrás? ¿O han de darle más contenido a esa «compañía...»? En el fondo se están preguntando si deben constituirse en una orden religiosa. Y, en ese caso, la cuestión básica: ¿Deben hacer voto de obediencia a uno de ellos? La pobreza y la castidad ya la han prometido, desde Montmartre. Pero la obediencia supone un cambio radical respecto a la fraternidad, el carácter deliberativo y la igualdad con la que han tomado hasta ahora sus decisiones. Les cuesta resolver este punto. En realidad aquí empieza el ocaso de esa etapa parisina en la que la camaradería y la amistad, la vida compartida y la informalidad de los vínculos marcaran los primeros años de recorrido común. Y algunos parecen resentirse

más de ello. En especial Bobadilla se ve atado, con nostalgia, a esa época primera. El palentino parece intuir que los pasos que parecen dispuestos a dar suponen dejar atrás la juventud parisina, ese tiempo de emoción compartida e inquietudes comunes. Toda la vida sentirá cierta nostalgia de este tiempo en que eran los primeros compañeros, y esto dará buenos quebraderos de cabeza al resto. Pero la disyuntiva parece clara. Si no optan por este vínculo común su sueño morirá con ellos, diluido a medida que se esparzan por el mundo. Por esto, tras semanas de deliberación terminan llegando a la conclusión unánime, a principios de mayo, de que deben prometer con voto obediencia a uno de ellos.

Bobadilla manifiesta sus primeras reservas firmes cuando discuten si deben hacer también voto de educar a los niños. Por primera vez no hay unanimidad en una decisión y deben optar por un sistema de mayorías. Continúan las deliberaciones para ir tratando de ver qué propuesta han de hacerle al Papa. Y a medida que las discusiones avanzan la dispersión comienza. Broet y Simón Rodrigues son enviados a Siena junto con un joven, Francisco de Estrada, que ya se ha unido a esta compañía naciente. Deben reformar un convento de monjas de estricta observancia, necesitado de guía en este momento. Tras ellos serán Fabro y Laínez, en junio, ya acabada la etapa de deliberación del grupo, los que partan para Parma y Placencia. Y el saboyano tendrá que marchar después como teólogo a Worms. Empieza a aumentar la distancia geográfica entre ellos. A comienzos del otoño Bobadilla es enviado a Nápoles, con el fin de evitar la separación escandalosa de Asca-

nio Colona y doña Juana de Aragón, casados durante veinte años.

Reformas conventuales, guía espiritual de los grandes señores, papel destacado como teólogos en las discusiones doctrinales que encienden Europa... El potencial de este grupo es extraordinario. Ignacio, desde su cuarto de Roma, se va dando cuenta del horizonte que se abre. No puede menos que admirar la sorprendente forma de guiarles de Dios. ¿Estaba todo esto en sus planes? ¿Ha sido el camino desde la casa torre hasta aquí la forma que Dios tuvo de ir preparando el terreno para esta explosión apostólica? Calla y reza.

El 3 de septiembre de 1539 le presentan a Pablo III su propuesta. Es el cardenal Contarini, muy favorable a ellos, el que hace llegar al Pontífice la «Primera Suma del Instituto de la Compañía de Jesús». Es una formulación provisional. Un compendio en cinco capítulos de sus propósitos. Tienen que saber si cuentan con la bendición papal para seguir adelante en este camino. El Papa bendice el proyecto de viva voz, y ordena que se prepare la Bula de aprobación de la Compañía de Jesús.

Sin embargo lo que parece inmediato no lo va a ser tanto. El proceso va a tropezar con la burocracia y la inseguridad sobre el camino que deben tomar las reformas. Los cardenales elegidos para supervisar esa concreción no van a ser tan protectores como Contarini. El cardenal Ghinucci, primer encargado de revisar el texto, no entiende el sentido del voto especial de obediencia al Papa, siendo algo común a todos los cristianos. Y, sobre todo, manifiesta reservas acerca de la supresión del coro.

Hasta este momento la vida de las órdenes religiosas, ya sean las contemplativas o las mendicantes, gira en torno al rezo común de las horas. ¿Y propone esta nueva orden que ese rezo sea individual, y flexible en función del apostolado? ¿No están con eso dándole la razón —aun sin quererlo— a Lutero, que entre sus soflamas anticatólicas incluye la minusvaloración de coros y religiones?

Ignacio se desespera cuando sabe de estas reservas. Es hombre práctico, y su sentido común le hace enervarse al comprender que las resistencias a lo nuevo vienen precisamente de no querer darle la razón al reformista si es que en alguna cosa la tiene. ¿No está la Iglesia necesitada de una vida apostólica más activa? ¿Por qué ponerle obstáculos? Se inquieta más aún cuando le dicen que Ghinucci ha puesto todo el asunto en manos de otro cardenal, Guidiccioni, conocido por su insistencia en que únicamente deben quedar cuatro órdenes religiosas masculinas en la Iglesia católica. Si el juez piensa así, ¿qué veredicto nos cabe?, puede pensar el de Loyola.

Una vez más, la espera no será pasiva. Entendiendo claramente que es voluntad de Dios el que sigan adelante los compañeros utilizan todos los medios espirituales y temporales que tienen a su alcance. En lo espiritual, ofrecen miles de misas por la intención de la aprobación de la Compañía. Y en lo práctico, contactan con todos aquellos que pueden dar informes positivos sobre su actividad. Después de todo, si en tantos lugares son llamados, ¿no cae por su propio peso que se constituyan en orden religiosa, capaz de admitir nuevos miembros a sus filas, hombres capaces de responder a una demanda creciente?

Ignacio se ha dado cuenta de la necesidad imperiosa de buenos obreros en esta viña inmensa. Él, que cuando escuchó que el Papa les pedía quedar en Roma, pensó que era un campo tan pequeño, ha visto en estos meses de actividad que por más que se esfuerzen no dan abasto con las carencias espirituales y materiales de la ciudad. Cuanto más al ir separándose. Las cartas que empieza a recibir de los compañeros dispersos le hablan de tantas insuficiencias... Definitivamente, tiene sentido la creación de la Compañía de Jesús. Además, a todos estos motivos se une, para él, uno más personal que siente crecer día a día. Cuando se apruebe la orden él podrá seguir adelante, marchar, como siempre ha querido, a seguir trabajando por otros. Allá donde le envíen. Como un compañero más. Obedecer. Su trabajo estará cumplido. Dios le ha conducido de modo inesperado.

En marzo de 1540 Bobadilla vuelve a Roma. El rey de Portugal ha pedido hombres para marchar a las Indias, a evangelizar aquellas tierras. Ignacio decide enviar a Rodrigues y a Bobadilla. El portugués ya se encuentra en su patria, y el palentino ha de prepararse para marchar inmediatamente. Sin embargo una enfermedad inesperada hace imposible que Bobadilla parta. Es urgente tomar una decisión y no se puede posponer más. El Papa ha pedido una respuesta a la demanda de Juan III. Entonces Ignacio vuelve los ojos a quien en este momento es secretario del grupo, su mano derecha en estos meses romanos: Francisco Javier. Posiblemente, cuando hablan sobre este destino no imaginan que los sueños apostólicos del de Loyola será el navarro quien

los realice. Tal vez fantasean con la posibilidad de que el propio Ignacio emprenda más adelante el mismo camino. No suponen la infatigable marcha que espera a este misionero, que desde el extremo del mundo conocido escribirá cartas que han de resonar en las cortes y en las universidades, inflamando a otros muchos en el deseo de aventurarse en aquellas tierras, para llevar el mismo evangelio. Nada de esto saben cuando se despiden en Roma. Ni siquiera sospechan que esta es la última vez que se ven. Una última noche se queda Javier a cenar y conversar con Ignacio, antes de partir. ¿Recuerdan esa otra velada parisina, donde un corazón se abrió? ¿Piensa Ignacio en los años de lenta preparación, de palabras pronunciadas para tratar de penetrar en la coraza del otro? ¿Recuerda este sus dudas, sus cavilaciones, su lenta rendición a una fuerza que le iba ganando el corazón y los deseos? ¿Hablan, tal vez, del tiempo de ejercicios de Javier, tiempo de intensidad y excesos tales que Ignacio le tuvo que pedir moderación? ¿Hablan con sobriedad o con emoción, con palabras expresadas o con silencios elocuentes? Los dos saben que la amistad es un privilegio, un regalo, una oportunidad, pero también son conscientes de que hay que saber marchar, poner distancia. «Cuídate, Francisco, Dios te bendiga». «Adiós, Ignacio. Queda con Dios hasta que nos veamos».

Los meses transcurren despacio. Con los compañeros dispersándose cada vez más, la impaciencia y la zozobra a veces pesan a Ignacio. Todo parece estar bloqueado. Guidiccioni ha devuelto los papeles y la decisión a Ghinucci, y este no da ninguna noticia. ¿Va

a quedar todo estancado en algún despacho curial? Será Bobadilla, ya repuesto de su enfermedad, el que consiga mover la pieza decisiva, a través de una carta a Hércules II de Este, muy favorable al grupo. Este interviene ante su hermano, un cardenal influyente, y consiguen que las reservas respecto a la aprobación de la compañía se dejen de lado.

El 27 de septiembre de 1540, en el palacio de San Marcos, Pablo III proclama la bula «*Regimini militantes Ecclesiae*», en la que está contenida la Fórmula del Instituto, regla básica de la Compañía de Jesús. Desde este momento los amigos en el Señor se han convertido en miembros de una orden religiosa.

Toca ahora dar los siguientes pasos. Hay que elegir entre ellos un superior general, que tendrá que darles unas constituciones. Por el momento son Ignacio y Coduri los encargados de empezar a redactar la nervadura de las constituciones tal y como ha encargado el Papa.

Ignacio, General de la Compañía de Jesús

Al comenzar la primavera de 1541 llama Ignacio a todos los compañeros dispersos que pueden llegar a Roma. No podrá venir Javier, que en la lejana Lisboa está a punto de zarpar para las Indias. Tampoco Rodrigues, que si bien al final no zarpará hacia Oriente ante la insistencia de Juan III en conservar a uno de ellos junto a sí, está ya desde hace tiempo en la corte portuguesa, tratando de implantar la Compañía de Jesús en

el país luso. Fabro sigue en Worms, y tampoco podrá abandonar Alemania para reunirse con los otros. Laínez, Jayo y Broet regresan a Roma, donde ya esperan Ignacio, Coduri y Salmerón. Bobadilla, retenido en Bisignano por mandato explícito del Papa no puede llegar a tiempo. Hay que elegir al primer prepósito general. Javier y Rodrigues habían dejado su voto antes de partir, y Fabro ha enviado el suyo.

Se acerca la Semana Santa, y ese tiempo parece especialmente indicado para un retiro y una plegaria compartida, para pedirle luz a Dios. Comienzan el proceso de elección con un retiro de tres días. Ignacio se siente agitado en este tiempo. ¿Piensa en el futuro? Lo pone en manos de Dios. Quiere quitarse ya de encima esta responsabilidad con la que, de una manera informal, lleva cargando años, y para la que se siente incapaz. Lleva mucho tiempo siendo el maestro de todos, el líder real, aquel a quien todos se vuelven, considerándolo padre y guía. Lo sabe. En este primer tiempo romano él ha llevado la iniciativa. Pero parece que ya la obra está hecha. La Compañía ya está fundada. ¿Era esto lo que quería el Señor de él? Es sorprendente. Nunca pensó en una orden religiosa, y, sin embargo, hasta aquí les ha traído el Espíritu. Ya está en marcha. Llega el momento de que otro tome el timón. Uno de estos hijos suyos, más jóvenes, más enérgicos y con menos historia a sus espaldas. Él se siente indigno. Por otra parte se alegra de que llegue este momento. Tal vez ahora pueda continuar su camino. Tal vez, llegado a este punto, podrá tomar de nuevo su borla de peregrino y ser enviado a donde haya necesidad. A vivir en obediencia, pobre y humilde.

Quizá le enviarán al fin a Jerusalén, o a las Indias, a reunirse con Javier. ¿Y si le eligen a él? Prefiere no pensarlo. La sola idea le quita la tranquilidad y le llena de congoja. Tampoco se engaña, y es consciente de que ser elegido por sus compañeros es una posibilidad muy real, pero confía en que el Espíritu de Dios les guiará para elegir a otro más capacitado para esta tarea.

Tres días de oración y ayuno sirven para que cada uno pondere su decisión. Y al fin, el 5 de abril, emiten sus votos. Cada uno deposita su elección por escrito. Y no lo leen inmediatamente, sino que por otros tres días continúan con su oración, pidiéndole a Dios que confirme su deseo.

Finalmente, el 8 de abril, viernes de Pasión, ven los votos. Todos han elegido a Ignacio. Excepto él, que ha votado con una fórmula bastante sorprendente: «A aquel que obtenga más votos, excluyéndome a mí mismo...». Mientras van leyendo los votos, con las razones que cada uno de ellos da para inclinarse por Ignacio, este no levanta la vista del suelo. Sus manos entrelazadas y sus nudillos blancos por la presión denotan la tensión que le asalta. Cuando tienen todos los resultados, alza la mirada, extrañamente angustiada, y con voz débil pero firme, rechaza el nombramiento. «Lo siento, no puedo ser general. Debéis elegir a otro».

¿Cómo comprender lo que pasa por su cabeza? Es bastante probable que desde hace tiempo venga intuendo que los demás le iban a elegir. Aunque no quiera. De algún modo es el padre en la fe de todos. El autor de los ejercicios. El alma de este grupo. Él les ha mostrado, con su ausencia azpeitiana, que pueden valerse juntos sin

necesidad de estar con él, pero eso no es suficiente para que deje de tener un enorme ascendiente sobre ellos. Sin embargo, tras esta primera elección deja ver claramente que no quiere ser general. ¿Es pose o es realidad? ¿Es la resistencia ficticia del que ve venir lo inevitable, la honestidad de quien se siente incapaz, o un intento desesperado por recuperar su vida sencilla? ¿Podría ser que, consciente de las ambigüedades del poder, se sepa tentado por ello y quiera apartarlo de sí?

Ignacio conoce la talla de que están hechos sus hombres. Ha acompañado en sus procesos a casi todos ellos. A su lado se siente enormemente pecador. El que ya no pesen los escrúpulos, como antaño, no quiere decir que no se sepa frágil y limitado. Tiene miedo de que los demás no lo entiendan así. Teme que se hayan hecho de él una imagen perfecta. Por eso, al argumentar su renuncia a la elección, les hablará de sí mismo. De su pecado y su miseria. Les insiste para que elijan a otro.

Es posible que también pese algo que va descubriendo en estos meses romanos. El superior general de una orden religiosa como la que ellos han fundado tendrá que moverse entre las figuras más importantes de su época. Entre monarcas y cardenales, entre emperadores y príncipes. Y él ha renunciado a todo eso. Ahora ese mundo le pesa. Le cae encima como una losa. Intuye el absorbente mundo diplomático en que va a tener que desempeñar su misión el líder de la orden, y se dice que no es algo para él, precisamente porque un día lo valoró tanto.

Podemos hacernos aún una pregunta. ¿Por qué, entonces, su propio voto es tan ambiguo? ¿Por qué,

si su resistencia es auténtica, no ha señalado el propio Ignacio a uno de ellos, dando prueba de una intención clara, explícita y definida? ¿Por qué un voto como el suyo, excluyéndose a sí mismo y apoyando a cualquier otro que cuente con el respaldo de la mayoría, pero sin nombrar a nadie en particular? Un motivo puede haber sido que, aventurando que iba a ser él mismo el elegido, haya preferido esa fórmula más neutra por su parte. Pero cabe además pensar, en este mundo de afectos y amistades profundas, que no se haya sentido capaz de señalar a uno sobre los demás. Es algo muy humano. De algún modo se debe sentir hondamente vinculado a todos el que ha iniciado a la mayoría en este camino. Cuando en el futuro algunos de ellos den problemas muy serios, Ignacio siempre tratará a estos primeros compañeros con una delicadeza y una paciencia única, que no muestra con nadie más. ¿Es posible que no quiera suscitar entre ellos la sensación de preferir a uno sobre otros? Incluso aunque sólo tuviese que determinarse entre los otros dos líderes indiscutibles en este grupo: Fabro y Javier, ¿cómo elegir entre ellos?

En ese caso, nos queda una última objeción. Pero, Ignacio, si todos votasen como tú, ¿no sería esto un fracaso? ¿No es el tuyo un voto ambiguo? Y ahí es posible que la respuesta sea sí, que a Ignacio le haya podido la presión, o el afecto, o la prudencia... Pero no es este el lugar para juzgar, sino para tratar de comprender.

Lo que encontramos, en esta negativa, humilde pero firme, es a un Ignacio que se resiste al generalato, convencido de que debe rechazarlo. Se cierra en banda. Les pide que lo vuelvan a meditar y a reflexionar, que oren

más sobre ello. Después de todo, varios han indicado como segunda opción, en caso de que Ignacio falleciese, a Fabro. ¿No conviene volver a pensarlo? Tras varios días más de retiro y oración y una nueva votación el 13 de abril, el resultado vuelve a ser el mismo. Y otra vez Ignacio rechaza la elección. Llegan entonces a una situación tensa, con tintes dramáticos. Más aún cuando Laínez, normalmente ponderado, afirma, irritado y tajante, que si el propio Ignacio se niega a reconocer la voluntad de Dios, él abandonará esta Compañía, defraudado y estafado.

Ha tocado en un punto sensible. Ignacio, siempre tras la voluntad de Dios, se ve ahora cazado en esa misma convicción. ¿Está con su negativa desobedeciendo a un mandato divino expresado con tanta unanimidad en las voces de sus compañeros? Duda. Pero no puede decir que sí. ¿Aceptar el generalato? Algo le empuja a resistirse. ¿Qué implicaría esto? Él, que a veces se siente deleznable, ¿va a convertirse en la referencia y la mediación de Dios para tantos hombres infinitamente mejores que él? Él, que por años ha vivido en los caminos, sin otro dueño que Dios y sin otra misión que proclamar el evangelio... ¿tiene que encerrarse ahora en esta Roma de lisonjas y politiqueos, de corte y curia, a escribir, a gobernar, a legislar? ¿Acaso es esto ser puesto con el Hijo? ¿Y si aparejado con el poder llega el orgullo? ¿No será esta otra trampa para su vieja vanidad, que espera, oculta, asaltarle al menor descuido? Todo se mezcla en su interior, agitado por un inesperado vendaval. Pero los compañeros no ceden. Les pide un tiempo para reflexionar y consultarlo con su confesor.

A este se dirige. Fray Teodosio de Lodi, fraile menor de San Pietro in Montorio, le escucha con calma. Después le aconseja que acepte el nombramiento. Ignacio se estremece. Hace un último intento y pide al fraile que dedique unos días más a orar. Espera, tal vez, que le dé un argumento, una última escapatoria, una luz con la que convencer a los compañeros de la conveniencia de otro nombre. Pero fray Teodosio, al fin, le asegura que rechazando una elección tan clara estará desobedeciendo la voluntad de Dios. Ignacio no tiene alternativa. El 20 de abril llama a los compañeros y acepta su decisión.

Servir o no servir. He ahí la cuestión

¿Por qué esta obstinación férrea? Se ha resistido con uñas y dientes a su elección, hasta que no ha tenido otro remedio que aceptar. Consciente de que el verdadero mando requiere gente buena, se siente miserable y pecador, y por tanto, piensa él, indigno. Se sabe barro frágil. Tal vez con excesiva inclemencia para consigo mismo percibe sus sombras y carencias, y cree que le incapacitan para gobernar a otros. Consciente de su debilidad, no se ve capaz de liderar bien a los suyos.

Pero en realidad está errado cuando plantea sus resistencias. Porque la verdadera medida del mando no está primero ni principalmente en nuestras capacidades o limitaciones, sino en la disposición auténtica para servir a los otros. Una lógica distinta y alternativa. Una lógica evangélica. Y de eso él va sobrado, aunque se sienta tan pequeño.

La autoridad verdadera es la que nace del servicio. La lógica que subyace a este binomio afirma que lo que conlleva el poder no debería ser el dominio o la posesión, sino la responsabilidad y el cuidado de quienes están a tu cargo y aquellos para quienes trabajas o vives. Y especialmente entre esos, los más desprotegidos, aquellos por quienes nadie más mueve un dedo. Esa lógica dice que quien tiene talentos para liderar puede hacerlo al servicio del bien común, y especialmente de quienes están más desatendidos. Afirma que el verdadero líder no es el que se siente superior, viviendo en alguna esfera inalcanzable desde donde mira a los infelices que están por debajo; sino el que se sabe igual, y comprende su vida como servicio a otros, como dedicación a un proyecto. Es, en fin, la lógica del pastor que cuida de los suyos, a los que atiende y protege. Sin dejar nunca de mirar más allá, consciente de que siempre conviene levantar la mirada, para no quedarse atrapado en fronteras estrechas. Para percibir las necesidades, los gritos silenciados, las lágrimas ocultas, las semillas que esperan crecer. Es la lógica de quien cree en el evangelio, las bienaventuranzas, el Reino... Es la que reflejó quien, siendo más alto, se ciñó una toalla a la cintura para lavar los pies a los suyos. Y la que, en una lectura creyente de la vida, están llamados a perpetuar todos aquellos hombres y mujeres que tienen responsabilidad por otros, ya hablemos de autoridad política, civil, religiosa o familiar...

Este es el liderazgo que está llamado a ejercer Ignacio. Se siente abrumado porque entiende que ese servicio requiere gente buena, y se siente un patán. Se

juzga con dureza. Consciente de sus debilidades, parece olvidar que la limitación y la fragilidad no están reñidas con el servicio. Es más, posiblemente es la conciencia lúcida de la propia flaqueza la que capacita a uno para liderar a otros sin sentirse superior. Ignacio no se da cuenta de que todo en su vida está hablando de servicio, que contagia una pasión por el evangelio que los otros perciben con nitidez. De ahí que sus resistencias a aceptar el generalato estén equivocadas. Los compañeros han querido escoger a quien presienten que lleva el evangelio en el corazón.

¿Y no son esos los líderes que nuestro mundo y nuestra Iglesia necesitan? Hoy como en tiempos de Ignacio. Hombres y mujeres empapados de evangelio, capaces de tomar decisiones y guiar grupos. Capaces de desvivirse por otros. De soñar y contagiar sueños. De levantar al caído, cuidar al herido, inquietar al tibio, alentar al triste y ayudar a cada quien a dar lo mejor de sí mismo. Gente frágil, claro está. Y limitada, como todos lo somos. Imperfectos. Capaces de grandes aciertos, pero también humanos para cometer errores, y ojalá capaces de rectificar cuando sea necesario. Altos o bajos, guapos o feos, tímidos o dicharacheros, racionales o emotivos... eso no es lo esencial. Lo que hace falta es que, desde su debilidad y su capacidad estén dispuestos a amar y servir. Por los otros. Por Dios y su proyecto. En todo. Y para eso Ignacio está preparado.

Dos días después de que acepte su elección como general peregrinan a las siete basílicas romanas. En San Pablo Extramuros celebran la Eucaristía, y a su

término hacen la profesión solemne. Los compañeros prometen, con voto, obediencia al Papa y a Ignacio en la Compañía de Jesús. Bobadilla hará la profesión más tarde, pasando por Roma. Fabro y Rodrigues la harán en Alemania y Portugal, respectivamente. Y Javier dos años más tarde, cuando reciba la noticia del resultado de esta larga deliberación, en la lejana India.

El 22 de abril de 1541 Ignacio se convierte en el primer general de la Compañía de Jesús. Se abre un tiempo distinto. El peregrino ha terminado, definitivamente, su andadura. Roma es su Jerusalén. Ahora le pesa una responsabilidad distinta. Debe cuidar de esta obra que, comprende, es lo que Dios ha puesto en sus manos para su mayor gloria. Para convertirla en un instrumento al servicio del proyecto del Reino. ¿Cómo hacerlo? ¿Qué le espera ahora? Cuando en su cámara, por la noche, reza su última oración, tal vez vuelven a sus labios aquellas palabras manresanas que abrían, tantos años antes, su itinerario interior... «Señor, ¿qué nueva vida es esta que ahora comenzamos?».